



COLABOREMOS

CARMEN CASTRO

Hace falta, a mi entender, que los Organismos responsables, y los técnicos ejecutores de la ley creadora de Ciudades y Viviendas cuenten con el juicio y buen consejo de la mujer para llevar a cabo con bien la hazaña por ellos emprendida. Y lo afirmo con pleno convencimiento, pero sin la menor sombra de arrogancia. Sé muy bien que es necesario contar con nosotras en ese capítulo de la vida que se llama viviendas en la ciudad, así como en el capítulo correspondiente a las disposiciones que hagan visible la ciudad para todos: para los banqueros y para las cerrilleras; para los oficinistas y para los ancianos; para los actores y para los intelectuales purísimos... Para los niños todos... Considero que es fundamental y oportuna la colaboración femenina en esta empresa, que pretende hallar un mejor vivir para todos. Aunque muy bien sé, por mi parte, que ello parecerá tan justísimo a los unos como disparatado a los otros; depende, es verdad, de qué se entienda por vivir y dar de vivir construídamente, de cómo se desee hacer la vida propia y ayudar a vivir a los demás, en el capítulo de la vivienda, si es con ojos y oídos alerta, o si es con un velo embrumado en torno a los sentidos esenciales del hombre, aquellos sentidos de que depende, en definitiva, su alma. Porque ninguna falta hacemos las mujeres en medio de cementos, proyectos, ladrillos, plazos, urbanizaciones, etc., si no se busca—poniendo a contribución urbanizaciones, cemento, piedra y ladrillo alzados, con los demás materiales de construcción el hacer posible que todo individuo humano dé, en la mayoría de los instantes posibles, la cota máxima de su humanidad y un destello pleno de auténtica civilización. Ambas cosas no parecen de fácil logro, sino complicadísimas empresas. Tan complicadísimas que incluso implican tam-

bién a las llamadas Empresas Constructoras, por mucho que ello sorprenda, por mucho bien y mucho mal que de ello dimane.

Las Empresas Constructoras llevan hoy la voz cantante en la realización de las ciudades, de estas ciudades nuestras actuales nunca concluidas por razón de su propio ser.

Quiérase o no, las Empresas, la Construcción es un elemento fundamental en la complejísima estructuración de las ciudades.

¿No abrimos los ojos al día? ¿No abrimos los oídos al alma—contra la almohada consultora—entre muros cerrados, construídos en la ciudad? En manera alguna son indiferentes para la criatura humana el recinto, el ambiente, el suelo que habita. Es decir, la vivienda del hombre resulta ser tan responsable de la conducta humana personal como el propio país—límite extremo de la personalidad—y en los límites del cuerpo propio puedan serlo la alimentación y el trabajo de cada uno.

Pienso que en todo tiempo fué la Arquitectura parte responsable, por muchas vías, de la persona humana-ciudadana, sobre todo; pero en la vida moderna y en nuestro ahora lo es todavía más.

Bien se sabe la inmensa influencia que ejerce la alimentación sobre la conducta de los seres vivos. (Las ratas que se alimentan sólo de garbanzos parece que son más agresivas que las sometidas a una dieta más variada, de la que estén ausentes los muy famosos *gabrieles*.)

También es claro que la vivienda en que habita el hombre puede ser muy responsable de su psiquismo. De ello se valió la fábula de los dos ratones célebres. Por desgracia, nuestra generación madrileña ha vi-

vido el tiempo ingrato de los horribles crímenes, y tremendas hostilidades a que dió lugar la forzosa situación de *realquilado*. Huéspedes y hospedados no pudieron resistir en muchas ocasiones la situación de hacinamiento humano. Por dicha grande, la situación actual ha superado, parece, la fase fatal. Madrid pierde alrededores, decimos. Bien podríamos decir que querría llegar por sus propias urbanizaciones a ser puerto de mar. Lo cierto es que en la última Junta General de Urbis—urbanización nacida de la coyunda de hombres responsables y cerros de Vallecas—se reconoce que “la vivienda en propiedad es un acierto político, económico y social de España”. Dejando a un lado los problemas económicos y políticos, es acierto social, sin duda alguna, que los hombres, incluso en la ciudad, puedan vivir con los pies puestos sobre suelo propio.

La casa, la vivienda en propiedad, le hace al hombre sentirse seguro y a seguro, enraizado y comprometido en la ordenación social a que pertenece, y en la que hace buena figura. Figura de árbol firme—lejos de las talas municipales—, de árbol que no teme los fuertes vientos, que se orea con los suaves, y proyecta sobre el suelo ritmos de luz y sombras vívidas.

Cierto es, sin duda posible, que los cristianos hemos de superar toda ligazón a cosas del mundo material que sean lastre para el hombre y hagan menos ágil y viva su respuesta a la llamada de Dios. El cristiano—todo hombre religioso—debe sentirse seguro en Tierra merced a la ligadura con que Dios le mantiene sujeto al Tiempo. En clave de allende y no de aquende deberíamos vivir, sabiendo que nada es nuestro de todo cuanto nos pertenece, como enseña San Pablo. Pero no todo el mundo siente en verdad que Dios nos sostiene siempre atados por pelo de ángel, para que hagamos el vivir. Y por eso, y para las malas horas del vivir con sensación de haber sido cortados de todo allende, conviene tener viviendas de materiales contruídos, y es prudente que no falten tales seguros refugios a los habitantes de nuestras ciudades, en evitación de mayores males.



Todos sabemos hasta qué punto son interdependientes hombre y vivienda, ciudadanos y ciudad. El Arte lo ha sabido desde siempre. Y para venir a Madrid y a nuestro ahora consideremos, por ejemplo, la obra de Galdós.

Los personajes de las novelas de Galdós—pensemos en las madrileñas—están condicionados en muy gran medida por la vivienda en que moran. Creo que las casas madrileñas de Galdós merecen más atención

que la prestada hasta el día. No basta señalar a los turistas la casa de Fortunata en el ángulo sabido de la plaza Mayor. Tengamos en cuenta que Fortunata, Jacinta, Anguel Guerra, Leré... son criaturas verosímiles tan sólo aposentadas en sus casas castizas. Y, en este respecto, quiero dejar aquí constancia de una vivencia personal que revela perfectamente, pienso, lo que quiero decir. Yo he conocido personalmente a don Miguel de Unamuno. Sin duda su Abel Sánchez es tan buena criatura de ficción como pueda serlo Angel Guerra. En su casa—en la casa de su *nivola*—Abel Sánchez tuvo y tendrá siempre auténtica realidad ficticia. Pero cuando don Miguel de Unamuno pretendía que Abel Sánchez se hiciera presente en una de nuestras casas, a la hora de la conversación, el fracaso era siempre rotundo. Don Miguel jamás lograba hacernos entrar en su ficción, por mucho que arreciase en su empeño de dar vida, por la palabra, al personaje suyo, desligado de toda ligazón nivolesca. Aparecía entonces en don Miguel luz de orgullo desesperado, eso que luego llaman unanimismo. Y a los pocos minutos, he aquí que nos brindaba don Miguel una maravillosa criatura de bulto, surgida de los dobleces de un papel o del migollo del pan. ¿Era para distraernos? ¿Para darnos prueba de su ser creador, que creaba inexorablemente? Siempre se me ocurría, oyendo hablar a don Miguel, que mejor nos hubiera ido a todos en la experiencia si nos hubiéramos trasladado a casa de Abel o de Tula. Porque ninguna criatura de ficción puede vivir fuera de su lugar.

También acontece que los hombres de verdad sufran grandes transformaciones al cambiar de residencia. Contando con esta realidad efectiva se puede influir eficazmente sobre las personas humanas acertada... o desacertadamente.

En el mundo real—no en el mundo de la ficción literaria—las casas parecen las tablillas con que los amarillos conformaban a su gusto los pies de las amarillas. El hecho de vivir en un recinto de determinadas características—y no me refiero en primera instancia a que sea propio, alquilado, realquilado, emprestado, cedido..., sino a las características de su traza y ambiente, sobre todo, a lo que son mucho más sensibles los menores—marca con cuño muy especial a las personas y condiciona su talante de modo evidentísimo.

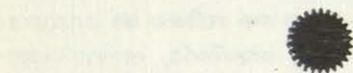
A mí me asombra y pasma que tal ignoren, o den por inexistente, muchos responsables del vivir ciudadano, muchos de los que organizan y proyectan, y aun llevan a realidad los proyectos famosos que vitalizan y actualizan a las ciudades. Si a estos hombres se les pregunta la razón de su hacer o de su impedir hacer, responden con números y cifras expresivos de las finanzas del país, pero no pertinentes al acondicionamiento en viviendas del elemento humano del país.

A mí me parece verdad muy grave que lo construido por el hombre condicione al hombre que vive en la construcción. ¿Acaso es poco importante que tal ocurra, porque se trata de un condicionamiento desde fuera hacia el interior de la persona humana? Pero el hecho—verdades—acontece. El entorno ciudadano ejerce una presión mágica sobre el temple personal de cada una de las criaturas humanas que habitan en la ciudad.

La ciudad, en efecto, y en su mayor medida cuanto más ciudad sea, codiciona el vivir del hombre. Sin embargo, hoy no se cree que tal haga la ciudad; se piensa que esto es cosa que acontece en el campo. Las gentes vienen del campo a la ciudad en busca de vida materialmente liberada. En parte es verdad que la tierra pura, no traída a mandamiento urbano, es la que ejerce intolerables violencias sobre el hombre. En el campo es donde el hombre tiene cabal conciencia del peso efectivo, y excesivo, de la tierra. Pero como es asimismo cierto que el cuerpo del hombre tiene en el campo libertad física—en la ciudad ni siquiera puede el hombre llorar o reír por las calles, abiertamente—, los habitantes curtidos de ciudad alaban siempre las maravillas del campo, y no juzgan la ciudad como auténtica iluminadora del vivir del hombre.

Mucho exige la ciudad al hombre. Y fuerza es confesar que Madrid no será ciudad de altura—por muchos rascacielos que la pueblen—hasta tanto no se conduzcan ciudadanamente todos los niños y todos los perros.

Parece ley fiera que la ciudad se permita exigir nada al ciudadano cuando sin ciudadanos, ¿acaso habría ciudad? El campo de nadie necesita para seguir siendo campo. Pero la ciudad, minuto a minuto, nos necesita, y cada vez con más urgencia, y a medida que pasa el tiempo más totalitariamente. Esto es ley de vida *construída* con Arquitectura.



La ciudad es tema y punto clave del instante histórico actual. Todos coincidimos—a lo menos los que tenemos puesto el sentir y los sentidos en estas cosas—en desear mantener muy vivas nuestras ciudades. Deseamos cuidarlas en todos sus aspectos y respetos. Que crezca su traza y surjan construcciones. Que lleguen las ciudades a superpobladas. Ciudad viene a ser sinónimo de ordenación, por medio de construcciones, de los conglomerados humanos constituidos por millones de hombres, con su adecuado porcentaje de perros, el inevitable de gatos y el grave de ratas.

La voz del día es Urbanismo. Y no es pensable dar

realidad a la palabra y actualizar el verbo urbanizar sin una eficaz colaboración femenina. Fuera de España se sabe perfectamente que la mujer es una colaboradora impagable para la obra de crear ciudad. Cualquier ciudad, todas las ciudades.

Hoy por hoy las criaturas humanas que mejor sabemos lo que la ciudad debe ofrecer a sus habitantes somos las mujeres. Somos conscientes de lo que podemos esperar y de lo que puede exigirse a la ciudad. y nuestro conocimiento lo hemos ganado en el desempeño simultáneo de todos los papeles que caben en el escenario de la ciudad. Somos las mujeres a un mismo tiempo funcionarias y pobladoras de la ciudad. Mantenemos y usufructuamos la ciudad. Por nosotras las casas pasan a ser hogares; calles, las vías de tránsito; jardines, las zonas verdes; y tiendas, los locales comerciales fríos. Nuestra presencia en la ciudad contribuye a que las gentes recuerden o barrunten eso que es primera piedra del urbanismo y que parece inverosímil pueda no existir: la urbanidad. Urbanidad no es meramente buena educación: es una forma educada de vida ciudadana. Pero de ello se hablará en otro momento.

En fin, y porque verdad es, digamos que las mujeres sabemos cómo ha de ser cada zona de la ciudad para que en ella la vida sea vivible. Lo sabemos en general, intuitivamente, y también en concreto, precisamente. Y, por añadidura, somos capaces de manifestarlo en las dos claves en que damos nuestro tono las mujeres: en la muy lógica y en la insensata.



La colaboración insensata de la mujer, en lo que atañe al vivir ciudadano, servirá para dar voces oportunas.

Allí donde, extendidas sobre tableros, salidas de los cerebros electrónicos, canten cifras y postulen la razonable edificación de los terrenos, daremos nosotras voces diciendo que más imposible que ir contra cifras es asfixiar niños entre cemento.

Allí donde las distancias sean astronómicas, pediremos acortamientos, por medio de eficaces medios de comunicación.

En todo nudo, y para ayudar a deshacerlo y no a cortarlo, ofreceremos nuestras uñas pulidas y nuestros dedos finos, de caladoras.

Con todo, es posible que nuestras exigencias se tengan por insensatas en exceso. Pero es sabido que lo mejor—y aun lo simplemente bueno—fué creado muchas veces en contra del criterio mezquino o perezoso de quienes deseaban no se rompieran los viejos moldes, los usos pasados. Son buenos—¿quién lo duda?—los antiguos usos, y los probados moldes,

pero no en toda ocasión y momento. Hora llega en el vivir que no puede contar efectivamente más razón que la razón de amor. Razón de amor al prójimo—se entiende, hablando de ciudad. Por esta razón de amor, el parque ha de surgir venciendo plusvalías, cosecha de millones y millones en el terreno donde nace un rascacielo. La razón de amor a la vida exige que haya luz para los pequeños, suavidad ambiental para los ancianos y serenidad para todos. La gracia de las perspectivas a lo alto la confieren los espacios a lo ancho. Ancha vía del buen sentido ciudadano, aunque se tome por femenina insensatez.

Don Urbanismo no debiera humillarse tanto al dinero, sino hacer entrar en sus cálculos el oro que suponen los pulmones niños, la complacencia en el vivir de los ancianos, la serenidad de los nervios en paz de todos los ciudadanos de la ciudad.



La lógica de la mujer, por otra parte, mucho más cabal que la lógica masculina, es apta para disponer ordenadamente lo que pocos hombres saben planear. Si en los hombres es su propio sexo el causante del desorden que esparcen en torno, yo no lo sé. Lo que puede constatar es que ellos no guardan en el vivir material, en su trato con las cosas, el mismo rigor lógico que preside su discurrir mental. Nosotras, en cambio, tenemos lógica para vivir con las cosas. Y por eso creo que debe buscarse en personas femeninas la lógica necesaria para el buen ordenamiento de la ciudad. Existen estas personas femeninas cabales, conscientes, prudentes ayudadoras de cualquier buena empresa.



Otra bondad más hay aprovechable en las mujeres. Y es una especialísima memoria, capaz de actualizar simultáneamente muchas cosas, entre las cuales—al decir de los varones—existen diferencias tan cruciales que se hace imposible para ellos el considerarlas simultáneamente, con intención de darles debida solución. Tal vez esta actualización en tropel de problemas, que puede ser en ocasiones un grave error, en ocasiones es un efectivo acierto. Por ejemplo: nosotras, mientras pensamos en los niños, tenemos presente a la generación de sus bisabuelos.

A raíz de la segunda guerra todas las edades, olvidadas de sí mismas, se asomaron a las cunas infantiles y a los *campus* en donde estaba adoleciendo

la futura buena ola de vida. Era muy humano el hacerlo. Pero hoy, porque el vivir del hombre ha crecido en su duración, es preciso saber que también existe para la ciudad el problema de los ancianos y que cada día será más numerosa la generación de los mayores mayorcísimos. Hasta el presente quienes disponen las cosas de la ciudad poca atención han conferido a sus mayores vivientes.

La primera vez que estuve en Norteamérica me sorprendió amargamente el espectáculo de todas aquellas personas, ya muy ancianas, que vivían cancinas, cumpliendo su función en la ciudad, disfrazadas de jóvenes merced al arte de la cosmética y del atuendo. Trágico espectáculo. Pero sin su vitola de jóvenes jamás hubieran hallado no ya un puesto de trabajo vital para ellas en la ciudad, sino ni tan siquiera un hueco para su existencia marchita y todavía no caduca. La ciudad vibrante y apelmazada lanzaba al aire su divisa: "Para menores de cincuenta años."

Estamos llegando al nivel en que se hallaba Norteamérica por los años cincuenta. Pregunto: ¿qué vida buena y grata ofrece una ciudad tan simpática y noble como Madrid al anciano que todavía no es una estantigua inamovible?

Hará falta prever recintos para estos "mayores" en los bloques de viviendas. Y aun pienso que sería necesario organizarles bloques *ex profeso*. Porque son muchos los solos con años reunidos en la ciudad.

He aquí un caso en que me parece insustituible el criterio de la mujer. Ya no nuestra lógica ni nuestra insensatez, nuestra mejor sensibilidad habría de ponerse a contribución, si se quiere que la ciudad no se conduzca salvajemente con las personas de cierta edad. Digo la ciudad en cuanto construcción. Y repito que a ella compete este cometido, puesto que en la duración del tiempo aparece el continuo del vivir, y se dan simultáneas todas las edades. Por eso, sepa la ciudad que si es forzoso por naturaleza el atender al niño, es humano por prudencia no abandonar al mayor, camino de la ancianidad.



Hay una hora en que las mujeres no deberíamos dejar de ser consultadas siempre, y por los más de los arquitectos. Y es en la hora de alzar planos de viviendas—de bloque de viviendas sobre todo. No pongo en duda que nuestros arquitectos tengan aprendida muy buena Arquitectura, y sepan mejorarla con sus aportaciones personales. No es del caso, ni me parece discutible sin más el aspecto exterior que Madrid va adquiriendo. Lo que deja atónita a cualquier mujer que sepa vivir en una casa es la ignorancia de que hacen gala quienes proyectan. Y si no fuere

ignorancia lo suyo, entonces es algo peor, y Dios les juzgue en sus composiciones.

Tras una investigación privada y extensa de las casas que hoy se ofrecen para ser habitadas en Madrid, he llegado a la conclusión de que, salvo las excepciones del caso, y que llevan nombres masculinos o femeninos de todos admirados, los arquitectos prescinden de un hecho importante: la casa es para vivienda habitable. Las actuales casas nuevas, en su mayoría y en conjunto, me han dejado a mí tanto malestar como a Larra le causaron en su día:

"Las casas nuevas; esas que surgen de la noche a la mañana por todas las calles de Madrid; esas que tienen más balcones que ladrillos y más pisos que balcones; esas por medio de las cuales se agrupa la población de esta coronada villa, se apiña, se sobrepone y se aleja de Madrid no por las puertas, sino por arriba, como se marcha el chocolate de una chocolatera olvidada sobre la brasa..."

Y como si de hoy fuera, sigue Larra:

"Los caseros, más que al interés público, consultan el suyo propio: "Aprovechemos el terreno"; ése es su principio. "Apiñemos gente en estas diligencias paradas y vivan todos como de viaje." "Cada habitación es en el día un baúl en que están las personas empaquetadas de pie, y las cosas en la posición que requiere su naturaleza: tan apretado está todo, que en caso de apuro todo podría viajar junto sin romperse..."

En 1833, el suegro gordo—gordísimo—del habitante de la "casa nueva" no cabía en la casa.

"... no se le podía romper pata—para meterlo—como al safá. ¿Qué medio en este conflicto? ¿Reñir con él y separarse porque no cabe en casa? No es decente. ¿Meterlo por el balcón? No es para todos los días... En una palabra, desde ayer están los trastos dentro; mi amigo, en la escalera mesándose los cabellos, luchando entre la casa nueva y el amor filial; y el viejo, en la calle esperando, o a perder carnes, o a ganar casa."

No son estas cosas viejas de tiempos de Larra. De hoy son las estrechuras y las bajuras. Y, todavía peor, actualísimas las malas proporciones, las desordenadas distribuciones. La vista se estrella en muchas casas en esa desacompañada danza de las puertas, tabiques, salientes y entrantes. La cima del descoyuntamiento se logra mediante los inverosímiles armarios empotrados. Con la pluma de Larra, sería posible hacerse famoso escribiendo acerca del armario empotrado, que se empotra en todo menos en donde debe, y así corta la respiración, el espacio y cuanto hay que cortar. De las famosas cocinas y oficios amueblados sólo cabe decir que lo están a saturación; pero es inútil abrir ninguna puerta de sus muebles, porque chocan todas las demás en cadena. El lujo sin par lo producen las cocinas siamesas: una de gas, otra eléctrica. Y como están contiguas se supone

que las cocinas dejarán de hacer uso de ambas, como el famoso asno de Buridán de sus piensos, no sabiendo por cuál de ellos decidirse.

En definitiva, o la Escuela enseña el manejo de las casas a los arquitectos o los arquitectos buscan para sus estudios personas—al parecer habrán de ser amas de casa—que les asesoren acerca de cómo se circula y cómo deben usarse las cosas todas, que la vivienda ofrece para la vida de hogar.

Sin haber ido a ninguna Escuela, las mujeres aprendemos—casi puede decirse que nacemos con la ciencia adquirida—cómo funciona una casa, y cómo deben estar dispuestas las cosas todas en su interior. Creo conveniente se apele a los servicios femeninos, sobre todo en el caso de los grandes bloques.

Pero hay algo más grave, por lo que afecta a la concepción de los planos y disposición interna de las viviendas. Todas, aun cuando las que ya han suprimido la habitación para el servicio, parecen ignorar el hecho de su inexistencia, y la disposición de los servicios—de los mecanismos funcionales del hogar—resulta un auténtico absurdo. ¿Por qué?

Para realizar la conversión de una casa en hogar hace falta siquiera un mínimo de facilidades en la distribución interna del plano. La traza de una casa puede, por sí misma, elevar el nivel de vida de sus habitantes. No me parece difícil tarea, y creo deber de los arquitectos el intentarlo. Porque no están construyendo edificios muertos: están haciendo una ciudad, nuestra ciudad. A lo menos, eso me parece a mí. No quiero creer que se alzan esas inmensas urbanizaciones del extra-casco ciudadano tan sólo por jugar un buen juego económico sobre el caudal del hombre. Más bien pienso que, bloque a bloque, se está construyendo la nueva sociedad, que habite el continuo Madrid. Por ello ha de ser tenido en cuenta el futuro de Madrid en todas sus dimensiones: tiempo por venir, espacio por construir, habitantes creadores, en definitiva, de la ciudad.



Siempre he confiado en la Arquitectura, y he admirado sus realizaciones. Tengo a los arquitectos por responsables no sólo de las guardias materiales del vivir, sino, en gran parte, del vivir mismo humano del vivir del hombre en la ciudad. De ellos, de sus aciertos y de sus desaciertos, pende el futuro de la ciudad que ha de ser inmensa, buena, bella y maravillosamente vivible. Y en esta obra, fundamental en el tiempo, debería colaborar la mujer. Ha llegado la hora de que hable la mujer en las reuniones de hombres dedicados a la construcción de la ciudad.